

Jacob y Wilhelm Grimm

# Cuentos completos, 2



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

La presente obra es traducción directa e íntegra de la edición completa de la colección de los hermanos Grimm, *Kinder-und Hausmärchen*, publicada en Berlín, 1812-1817.

Traductora: María Antonia Seijo Castroviejo

Primera edición: 2009

Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Victor Gabriel Gilbert, *Reposo*. Colección particular.

© Kelley Gallery, Pasadena, California / Bridgeman Images / AGE Fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Anaya Infantil y Juvenil (Grupo Anaya, S.A.)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-504-4 (T.2)

ISBN: 978-84-9104-135-1 (O.C.)

Depósito legal: M. 3.838-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Los duendes
- 14 El novio bandido
- 20 El señor Korbes
- 22 El señor compadre
- 25 La señora Trude
- 27 El ahijado de la muerte
- 32 El viaje de Pulgarcito
- 38 El pájaro emplumado
- 43 El enebro
- 57 El viejo *Sultán*
- 61 Los seis cisnes
- 68 La Bella Durmiente
- 73 Presa de pájaro
- 77 El rey Pico de Tordo
- 84 Blancanieves
- 97 El morral, el sombrerillo y el cuerno
- 105 El Enano Saltarín
- 110 El bienamado Rolando
- 116 El pájaro de oro
- 126 El perro y el gorrión
- 131 Federico y Catalinita
- 141 Los dos hermanos
- 171 El Campesinillo
- 180 La reina de las abejas
- 184 Las tres plumas

## Índice

- 189 El ganso de oro
- 195 Toda-clase-de-pieles
- 203 La novia del conejito
- 206 Los doce cazadores
- 210 El brujo y su maestro
- 214 Jorinde y Joringel
- 218 Los tres niños de la suerte
- 222 Seis salen adelante en el mundo
- 230 El lobo y el hombre
- 232 El lobo y el zorro
- 235 El zorro y la señora comadre
- 237 El zorro y el gato
- 239 El clavel
- 246 Gretel, la lista
- 250 El abuelo y el nieto
- 252 La ondina
- 254 La muerte de la gallinita
- 257 Hermano Chistoso
- 272 Juanito Jugador
- 276 Juan el de la suerte
- 283 Juan se casa
- 285 Los niños de oro
- 292 El zorro y los gansos
- 294 El pobre y el rico
- 300 La alondra de león cantarina y saltarina
- 309 La niña de los gansos

# Los duendes

(Cuento primero)

Érase una vez un zapatero que se había vuelto tan pobre, aunque no por su culpa, que al final no le quedaba más cuero que para un par de zapatos. Por la noche cortó los zapatos que quería terminar a la mañana siguiente, y como tenía la conciencia limpia, se metió tranquilamente en la cama, se encomendó a Dios y se durmió.

A la mañana siguiente, después de haber recitado sus oraciones, se quiso poner de nuevo a su trabajo y se encontró los zapatos totalmente terminados encima de su mesa. Asombrado, no sabía qué decir a esto. Cogió los zapatos en la mano para observarlos de cerca; estaban hechos de una forma tan perfecta que no había ni una mala puntada, como si fueran una obra maestra. Poco después llegó un comprador y le gustaron tanto los zapatos que pagó más de lo que era normal, y con aquellas

monedas el zapatero pudo hacerse con cuero para dos pares de zapatos. Los cortó por la noche y quiso, por la mañana, dedicarse al trabajo con fuerzas renovadas, pero no lo necesitó, pues, al levantarse, estaban ya listos, y tampoco esta vez permanecieron ausentes los compradores, que le dieron tanto dinero que ahora pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. A la mañana siguiente se encontró los cuatro pares de zapatos listos, y así siguió pasando, que lo que cortaba por la noche estaba hecho por la mañana. De tal manera que pronto llegó a tener para vivir decentemente y, finalmente, llegó a ser un hombre rico.

Entonces, sucedió una noche, no mucho antes de Navidad, que, cuando el hombre ya había cortado de nuevo los zapatos, antes de irse a la cama le dijo a su mujer:

—¿Qué pasaría si esta noche nos quedamos en pie para ver quién es el que nos presta tan buena ayuda?

La mujer asintió y encendió una luz; después, se escondieron en la esquina de la habitación detrás de la ropa que estaba allí colgada y estuvieron atentos.

Cuando llegó la medianoche, vinieron dos hombrecillos desnudos y graciosos, se sentaron ante la mesa del zapatero, cogieron todo el material cortado y comenzaron con sus deditos a clavar, coser y golpear tan ágil y rápidamente que el zapatero no podía apartar la vista de lo admirado que estaba. No lo dejaron hasta que todo estuvo terminado y listo sobre la mesa; después, se fueron velozmente.

A la mañana siguiente dijo la mujer:

—Los hombrecillos nos han hecho ricos. Debíamos mostrarnos agradecidos. Corren por ahí sin nada en el cuerpo

y tienen que pasar frío. ¿Sabes una cosa? Les haré unas camisitas, chaquetas, petos y pantaloncitos, les tejeré también un par de medias y tú hazle a cada uno un par de zapatos.

El hombre dijo:

–Me parece bien.

Y por la noche, cuando tenían ya todo terminado, colocaron los regalos en vez del material cortado sobre la mesa y se escondieron para ver cómo se comportaban los hombrecillos. A medianoche entraron saltando y quisieron ponerse rápidamente al trabajo: pero cuando no encontraron ningún cuero cortado, sino las graciosas piezas de ropa, primero se asombraron, pero luego dieron muestra de una gran alegría. Con enorme rapidez se las pusieron ajustándolas a su cuerpo y cantaron:

–¿No somos elegantes muchachos retrecheros?  
¿Por qué vamos a ser más tiempo zapateros?

Entonces brincaron, bailaron y saltaron sobre las sillas y bancos; luego se alejaron danzando por la puerta, y a partir de ese momento no volvieron nunca más; al zapatero le fue bien toda su vida y tuvo suerte en todo lo que emprendió.

(Cuento segundo)

Érase una vez una pobre sirvienta hacendosa y limpia, que barría todos los días la casa y echaba la basura en un gran montón ante la puerta. Una mañana, cuando se disponía a ponerse a trabajar, encontró una carta y, como no sabía

leer, puso la escoba en la esquina y llevó la carta a su señora. Era una invitación de los gnomos que le pedían a la muchacha que apadrinara un niño. La muchacha no sabía qué hacer, pero finalmente y después de mucho convenecerla y porque le decían que algo así no podía rechazarse, accedió a ello. Entonces, llegaron tres hombrecillos y la llevaron a un monte hueco donde vivían los pequeños. Todo era diminuto, pero tan gracioso y lujoso que no es para decirlo. La parturienta yacía en la cama de negro ébano con botones de perlas, las mantas estaban bordadas en oro, la cuna era de marfil, y la bañera, de oro. La muchacha fue la madrina y luego quiso regresar de nuevo a casa. Los gnomos le pidieron insistentemente que se quedara con ellos tres días más. Ella se quedó allí y ocupó su tiempo, estando alegre y contenta. Los enanos hacían todo a gusto de ella. Finalmente, quiso regresar: entonces, le llenaron los bolsillos de oro y la llevaron a continuación a las afueras del monte. Cuando llegó a casa, quiso comenzar su trabajo; cogió la escoba que estaba todavía en la esquina y comenzó a barrer. A continuación, salió de la casa gente extraña, que preguntaron quién era y qué tenía que hacer allí. No habían sido tres días, como ella pensaba, lo que había estado con los gnomos en la montaña, sino siete años, y sus antiguos señores se habían muerto entre tanto.

(Cuento tercero)

A una madre le habían arrebatado los gnomos su hijo de la cuna y en su lugar le habían colocado un monstruo con gran cabeza y ojos fijos, que no quería más que co-

mer y beber. En su pena fue a casa de su vecina y le pidió consejo. La vecina le dijo que tenía que colocar al monstruo en la cocina, sentarlo en el fogón, encender el fuego y calentar agua en dos cáscaras de huevo; esto haría reír al energúmeno, y si se reía, estaba perdido. La mujer hizo todo lo que la vecina le había dicho. Cuando colocó las dos cáscaras de huevo al fuego, dijo el zoquete:

–Soy como el bosque de viejo,  
y a nadie vi cocinar  
nunca en cáscaras de huevo.

Y empezó a reírse. Mientras se reía, aparecieron de una vez una serie de gnomos, que trajeron al niño de verdad, lo sentaron al lado del fogón y se llevaron al monstruo.

# El novio bandido

Érase un molinero que tenía una bella hija, y cuando ésta creció, quiso que estuviera cuidada y bien casada. Pensó: «Si viene un pretendiente digno y la corteja, se la entregaré».

No mucho tiempo después, llegó un pretendiente que parecía ser muy rico, y como el molinero no tuvo ninguna pega que ponerle, le prometió a su hija. La muchacha, sin embargo, no lo quería como una novia debe querer a su novio y no tenía ninguna confianza con él. Cada vez que le miraba o que pensaba en él, sentía un estremecimiento en el corazón.

Una vez le dijo él a ella:

–Tú eres mi novia y no me haces nunca una visita.

La muchacha contestó:

–Yo no sé dónde está tu casa.

Entonces, dijo el novio:

–Mi casa está afuera, en el bosque oscuro.

Ella buscó excusas y dijo que no sabía encontrar el camino para ir allí. El novio dijo:

–El próximo domingo tienes que venir a verme; he invitado ya a los huéspedes y para que encuentres el camino, esparciré ceniza por el bosque.

Cuando llegó el domingo y ella tuvo que ponerse en camino, sintió mucho miedo sin saber por qué, y para poder reconocer el camino, se llenó los bolsillos con lentejas y guisantes.

A la entrada del bosque había ceniza esparcida, ella la siguió, pero a cada paso echaba a la derecha y a la izquierda unos guisantes al suelo. Se le pasó todo el día caminando hasta que llegó al claro del bosque, donde estaba más oscuro; allí había una casa solitaria que no le gustó, pues tenía un aspecto desagradable y tétrico. Entró en ella, pero no había nadie y había un gran silencio. De pronto gritó una voz:

–Regresa, regresa, joven prometida,  
esto es de unos ladrones la guarida.

La muchacha levantó la vista y vio que la voz venía de un pájaro que estaba colgado en una jaula en la pared. De nuevo gritó:

–Regresa, regresa, joven prometida,  
esto es de unos ladrones la guarida.

Entonces, la joven novia fue de habitación en habitación por toda la casa, pero ésta estaba vacía y no había ni un alma. Finalmente, llegó al sótano; allí había una mu-

jer, más vieja que Matusalén, que movía la cabeza. La muchacha le dijo:

–¿No me podéis decir si mi novio vive aquí?

–¡Ay, infeliz criatura! –contestó la vieja–. ¿Adónde has venido a parar? Estás en una cueva de ladrones. Tú piensas que eres la novia que pronto celebrará su boda, pero celebrarás tu boda con la muerte. ¿Ves? Allí he puesto un gran puchero con agua. Cuando te tengan en su poder, te partirán sin compasión, te cocerán y te comerán, pues son caníbales. Si yo no me compadezco de ti y te salvo, estarás perdida.

Después de esto, la vieja la llevó detrás de un gran barril donde no se la podía ver.

–Estate callada como un muerto y no te muevas, pues de lo contrario estarás perdida. Por la noche, mientras los ladrones duermen, huiremos; yo he esperado largo tiempo esta ocasión.

Apenas había pasado esto, llegó la impía banda a casa. Trajeron a otra doncella, estaban bebidos y no hacían caso de sus gritos y lamentaciones. Le dieron a beber tres vasos llenos de vino, uno de vino blanco, otro de tinto y otro de amarillo; después de beber éste, le estalló el corazón. A continuación, le destrozaron las finas vestiduras, la colocaron encima de la mesa, hicieron pedacitos su hermoso cuerpo y le echaron sal. La pobre novia, detrás del barril, temblaba y se estremecía, pues comprendía el destino que los ladrones le tenían reservado. Uno de ellos notó en el meñique de la asesinada un anillo de oro, y dado que no pudo sacárselo con facilidad, cogió un hacha y le cortó el dedo; pero el dedo saltó por las alturas por encima del tonel y le cayó a la novia precisamen-

te en el regazo. El bandido cogió una luz y quiso ponerse a buscarlo, pero no lo encontró. Entonces, habló otro:

–¿Has mirado ya detrás del tonel?

Pero la vieja gritó:

–Ven y come, y deja la búsqueda para mañana. El dedo no se te va a escapar.

Entonces, dijeron los bandidos:

–La vieja tiene razón.

Dejaron la búsqueda, se sentaron a comer y la vieja les echó un bebedizo en el vino, de tal manera que pronto se tumbaron, se durmieron y se pusieron a roncar.

Cuando la novia advirtió todo esto, salió de detrás del tonel y tuvo que pasar por encima de los que dormían, que estaban tirados en el suelo, en filas y tuvo miedo de despertar a alguno. Pero Dios la ayudó para que saliera bien de esto. La vieja subió con ella, le abrió la puerta y ambas se fueron, todo lo de prisa posible, de aquella guarida de bandidos. La ceniza esparcida se la había llevado el viento, pero los guisantes y las lentejas habían germinado y florecido y mostraban el camino a la luz de la luna. Anduvieron toda la noche hasta que al amanecer llegaron al molino. Entonces, la muchacha contó a su padre lo que había sucedido.

Cuando llegó el día en el que tenía que celebrarse la boda, apareció el novio. El molinero, sin embargo, había invitado a todos sus parientes y conocidos. Cuando estaban sentados a la mesa, se encargó a cada uno que contara una historia. La novia estaba callada y no hablaba. El novio le dijo a la novia:

–Bien, corazón mío, ¿no sabes nada? Cuéntanos también algo.

–Os contaré un sueño –contestó ella–: Yo iba sola por un bosque y llegué a una casa. No había en ella ni un alma, pero en la pared había un pájaro en una jaula que decía:

–Regresa, regresa, joven prometida,  
esto es de unos ladrones la guarida.

»Y lo dijo todavía una vez más. Tesoro mío, solamente es un sueño. Fui por todas las habitaciones y todas estaban vacías y estaba muy tétrico. Finalmente, bajé al sótano y allí había una mujer viejísima que meneaba la cabeza. Yo pregunté: “¿Vive mi novio en esta casa?”. Ella me contestó: “¡Ay, inocente criatura! Tú has venido a parar a una guarida de bandidos. Tu novio vive aquí, pero quiere hacerte pedazos y matarte, luego cocerte y comer-te”. Tesoro mío, no te preocupes, solamente es un sueño. Pero la vieja me escondió detrás de un gran barril y, apenas me había escondido allí, llegaron los bandidos arras-trando a una chica consigo, a la que dieron tres clases de vino para beber, blanco, tinto y amarillo. A consecuencia de este último le estalló el corazón. Tesoro mío, si no es más que un sueño. Luego le quitaron las vesti-duras, partieron su bello cuerpo en pedacitos en una mesa y le echaron sal. Tesoro mío, sólo es un sueño. Y uno de los bandidos vio que en el meñique tenía un anillo y, como era difícil de quitárselo, cogió un hacha y se lo cortó, pero el dedo saltó por los aires, cayó por encima del tonel y fue a parar a mi regazo. Y éste es el anillo con el dedo –añadió, sacándolo y mostrándoselo a los presentes.

El bandido, que con la narración se había puesto pálido como la cera, se levantó y quiso escapar, pero los huéspedes le detuvieron y le entregaron a la justicia. Entonces, fueron juzgados él y su banda por sus crímenes.

# El señor Korbes

Éranse una vez una gallinita y un gallito y quisieron hacer un viaje juntos. El gallito construyó un hermoso carro que tenía cuatro ruedas rojas y lo unció con cuatro ratoncitos. La gallinita se sentó con el gallito y partieron juntos de viaje. No mucho después se encontraron con un gato que dijo:

–¿Adónde queréis ir?

El gallito respondió:

–A las afueras, a casa del señor Korbes.

–Llevadme con vosotros –dijo el gato.

Y el gallito respondió:

–Con mucho gusto, siéntate detrás para que no te caigas delante.

–Cuidado con ensuciarme  
mis cuatro rueditas rojas;  
vosotras, ruedecitas, chirriad,

vosotros, ratoncitos, silbad.  
A las afueras, al trote  
a casa del señor Korbes.

Después vino una piedra de molino, luego un huevo, luego un pato, luego un alfiler y finalmente una aguja; se sentaron todos en el coche y viajaron juntos. Cuando llegaron a casa del señor Korbes, éste no estaba. Los ratoncitos llevaron el carro al granero, el gallito y la gallinita volaron a una barra, el gato se sentó en la chimenea, el pato en la barra del pozo, el huevo se envolvió en la toalla, el alfiler se colocó en el cojín de la silla, la aguja saltó a la cama en mitad de la almohada y la piedra de molino se colocó ante la puerta. Entonces llegó el señor Korbes a casa, se dirigió a la chimenea y quiso encender fuego, y el gato le puso la cara llena de ceniza. Fue rápidamente a la cocina y quiso lavarse, y el pato le salpicó toda la cara de agua. Se quiso secar con la toalla, pero el huevo le salió al paso, se rompió y se le pegó en los ojos. Quiso descansar y se sentó en la silla, entonces se pinchó con el alfiler. Se puso furioso y se echó en la cama, pero cuando apoyó la cabeza en la almohada, le pinchó la aguja de tal manera que gritó y lleno de ira quiso lanzarse al ancho mundo. Pero cuando llegó a la puerta de la casa, la piedra del molino se cayó y lo mató. ¡Pero qué mala persona tiene que haber sido, en verdad, el señor Korbes!

# El señor compadre

Un pobre hombre tenía tantos hijos que ya le había perdido a todo el mundo que fuera su compadre, y cuando todavía tuvo uno más, no quedaba ya nadie más a quien pedirselo. No sabía qué hacer, y se echó, preocupado como estaba, y se durmió. Entonces, soñó que tenía que salir por la puerta de la ciudad, y al primero que encontrase pedirle que fuera su compadre. Cuando se despertó, decidió hacer caso del sueño, salió fuera de las puertas de la ciudad y al primero que se encontró se lo pidió. El forastero le regaló un frasquito con agua y dijo:

–Esto es un agua maravillosa, con ella puedes curar a los enfermos. Sólo tienes que mirar dónde está la muerte; si está a la cabeza del enfermo, le das a éste el agua y él se sanará; pero si está a los pies, todo es en vano, tiene que morir.

El hombre, desde ese momento, pudo vaticinar siempre si un enfermo podría salvarse o no. Se hizo famoso

por su arte y ganó mucho dinero. Una vez fue llamado para que viera al hijo del rey y, cuando entró, vio a la muerte colocada a la cabeza del enfermo y lo curó con el agua, y lo mismo pasó la segunda vez, pero a la tercera vez estaba la muerte a los pies y el niño tuvo que morir.

El hombre quiso visitar a su compadre y contarle lo que había pasado con el agua. Cuando llegó a la casa, había un extraño alboroto. En la primera escalera se estaban peleando el recogedor y la escoba y se zurraban con ganas. Les preguntó:

—¿Dónde vive mi señor compadre?

La escoba respondió:

—Una escalera más arriba.

Cuando llegó a la segunda escalera, vio una gran cantidad de dedos muertos. Él preguntó:

—¿Dónde vive mi señor compadre?

Uno de los dedos contestó:

—Una escalera más arriba.

En la tercera escalera había un montón de cabezas muertas que le mandaron a una escalera más arriba. En la cuarta escalera vio pescados que estaban encima del fuego, saltando en la sartén y friéndose ellos solos. Ellos dijeron también:

—Una escalera más arriba.

Cuando había subido hasta la quinta, llegó ante una habitación, miró por el ojo de la cerradura y vio que el compadre tenía dos cuernos. Cuando abrió la puerta y entró, se echó rápidamente en la cama y se tapó. El hombre dijo:

—Señor compadre, ¡qué maravilloso jaleo hay en vuestra casa! Cuando subí la primera escalera, se peleaban la escoba y el recogedor y se zurraban con ganas.

–Mira que eres simple –dijo el hombre–. Eran el criado y la criada que estaban hablando.

–Pero en la segunda escalera vi dedos muertos.

–¡Pero qué tonto eres! No eran más que raíces de sal-sifí<sup>1</sup>.

–En la tercera escalera había un montón de cabezas muertas.

–Tonto, no eran más que cabezas de lechuga.

–En la cuarta vi pescados en la sartén que saltaban y se freían ellos solos.

Y al decir esto aparecieron los pescados y se sirvieron ellos mismos.

–Y cuando llegué a la quinta escalera, miré por el ojo de la cerradura y os vi a vos con unos cuernos bien largos.

–¡Uf, eso sí que no es verdad!

Al hombre le entró miedo y se marchó de allí corriendo, y quién sabe, si no, lo que hubiera hecho su señor compadre.

1. Planta herbácea de raíz blanca, tierna, fusiforme y comestible.

# La señora Trude

Érase una vez una niña pequeña que era terca e impertinente y, cuando sus padres le decían algo, no obedecía. ¿Cómo le podía ir bien así? Un día les dijo a sus padres:

–He oído hablar tanto de la señora Trude que voy a ir a su casa. La gente dice que su casa es tan maravillosa y cuentan que pasan cosas tan extrañas en ella que me ha hecho sentir una gran curiosidad.

Los padres se lo prohibieron tajantemente y dijeron:

–La señora Trude es una mala mujer, que realiza cosas impías, y si vas a su casa, dejarás de ser nuestra hija.

Pero la muchacha no hizo caso de la prohibición de sus padres y se fue a casa de la señora Trude. Y cuando llegó a su casa, preguntó la señora Trude:

–¿Por qué estás tan pálida?

–¡Ay! –contestó, mientras temblaba por todo el cuerpo–. Me he asustado mucho de lo que he visto.

–¿Qué has visto?